

Solamente los huesos

(Fragmento)

La derrota era lo único evidente en 1946. Primero fué un repentino deslumbramiento que nos sacudió a todos desbaratando toda nuestra eficacia, y todo el valor y el descaro que habíamos desplegado durante meses se diluyó de pronto. (Yo salí a la calle. Anduve dando vueltas entre grupos de hombres que comentaban todo eso. Pablo me esperaba: “—¿Listos?” “—Sí, liquidados”). De un día para otro nos encontramos desamparados de la vigencia de los discursos estupendos, de esa agresividad, de nuestra insolente libertad, de toda aquella violenta tensión del verano del 45. Era una brusca mutilación cuando más seguros estábamos del triunfo, de eso que habíamos apretado con una certeza desdeñosa. (Ese domingo fué un gran paréntesis silencioso colmado por filas de hombres hoscos que cargaban una insuperable complicidad. Parecían reconcentrados y titubeantes de respeto ante sí mismos y se arracimaban para comprobar su fuerza monstruosa, compartida cuando regresaban apurando el paso: estaban con nosotros y nos transferían su fuerza informe: habían deslizado la mano en algo clandestino para decidir la suerte de todos. Yo los señalaba: “—Ese es nuestro; ese también. . . ¿ese? No sé.” Y me apostaba en contra. Presentía que todos esos resolvían mi suerte. Yo estaba en sus manos y sin embargo algunos eran unos dioses mugrientos). Algo estentóreo también: nos bamboleábamos con el aturdimiento. Ibamos a hacer esto, estábamos seguros que nuestros dedos oprimían algo, íbamos a hacer lo otro, qué duda cabía, teníamos la implacable seguridad de que cada cosa se llamaba por el nombre que le habíamos acordado —nos habían asegurado que las cosas eran tal cual,

como los viejos lo enseñaban— y sólo faltaba que chasqueáramos los dedos —así, y listo— para que el mundo se pusiera en movimiento. Pero, no. No. Habíamos apostado a la libertad y a la mayoría, contábamos con ellas y se volvían contra nosotros. Era increíble: nos sentíamos traicionados hasta por nuestros principios. Esas cosas no tenían el rostro que les habíamos asignado. Les habíamos acordado un rostro sereno, majestuoso. Y no: eran Furias gritonas de sobacos hediondos pero de manos exactas. Toda nuestra sabiduría resultaba escolar, un lamentable catecismo de argamasa. Nubes, dioses, victorias de yeso pintarrajeado. (“—Pero en Buenos Aires tenemos que ganar” “—No; ni en Buenos Aires ni aquí ni en ningún lado. En ninguna parte”). De pronto nada respondió a nuestro llamado. No había eco donde según las reglas, tenía que haberlo y existía una multitud donde nuestra sabiduría marcaba un desierto. Todo permanecía impasiblemente aletargado aunque nos empecináramos en repetir y repetir eso que nos habían asegurado —sí, señor— que tenía que provocar los estupendos resultados. Y la burlona sordera de algunos nos escarnecía; parecía divertirlos que hubiéramos sido imbéciles y derrotados. (“La libertad de pensar, de reunirse, de expresar las propias ideas”, dije en un discurso en el teatro Marconi. Eran los obreros del vestido. Después cité a Estrada: “—Con las astillas de nuestras cátedras...” Me dolía el vientre y pensaba en llegar a casa para tirarme bajo la ducha caliente. “—Es necesario que nos pongamos codo contra codo para defender nuestras ideas. La democracia...”. Uno de los dirigentes sindicales que estaba en el escenario se hurgaba las uñas como desesperado, sentía frenesí por dejárselas bien blancas. No se me ocurrió pensar que yo parecía un cerdo pretendiendo poseer la verdad y el camino de salvación. “—Es necesario superar todo esto, lo que viene de abajo, lo que no es nada” —continué— “Hay que trascender lo inmediato, hay que saltar, y acordarse de lo más alto...” Al terminar se me acercó uno que había estado recostado contra las bambalinas. Yo lo miré con agresividad. ¿Qué quería ese? Desplazaba ese aire de aburrida superioridad de los pesquisas: “—Estuvo bien” —me dijo. Tenía una mano ancha y me conmovió que me palmeara. “—Estuvo bien” —repetió— “Pero no hay que hablar tanto de los principios, pibe. A estos guachos, yo los conozco, soy del oficio. Y la semana que viene les cae el aguinaldo”). Todo el aprendizaje había sido inútil y ahí delante estaba la Gran Eficacia. Una sola palabra y nada más.

Un nombre repetido y repetido hasta el agotamiento era lo único que conglomeraba y movía y hacía saltar y llorar y putear. Eso.

Y nada más. Todo nuestro frente se llenaba de eso y nos anegaba impasiblemente. Y ya —también— empezaba a fascinarnos. Habíamos llenado la calle pero los otros siempre eran más; habíamos gritado pero los de enfrente habían tapado nuestro ruido. Era tremendo: la realidad que suponíamos dominar nos rebalsaba. Siempre ellos más: más fuertes, más numerosos, y brotaban y seguían brotando por todas partes y eran más eficaces y más diestros. Las cifras: 304 mil, 450 mil 133 mil, 195 mil... —Hay que esperar”, nos decían. —“El que ríe último ríe mejor”. Pero esa absurda burbuja seguía creciendo. 85 mil, 61 mil... Y permanecíamos frente a las pizarras de los diarios hasta el anochecer, adelgazados de angustia, mientras sentíamos que a nuestro alrededor otros discutían o se frotaban las manos o se levantaban el cuello y se iban con los ojos brillantes. Nosotros los mirábamos para comprender o para provocarlos. ¿Quiénes eran esos? ¿De qué se felicitaban esos roñosos? 58 mil, 34 mil. Algún viejo me susurraba: —Nos queda tal distrito. Allí ganamos nosotros. Siempre ganamos nosotros. Seguro”. Pero nada se llamaba con el nombre que ellos usaban. Nada se podía apretar entre los dedos y decir “vaso, vaso”. No, no. Las palabras ya no servían para nada. “Vaso, vaso”. ¡No! Cualquier otra cosa. Y no había nada seguro ni se ganó nada. —Seguro, pibe”. Nada, nada, ni esa sabiduría de los que se creían diestros porque tenían la certeza de que todo se repite, que todo el juego daba vueltas hasta detenerse siempre en el mismo lugar. Los mejores falsarios —incluso— de los que podíamos haber echado mano, los conservadores, habían sido excluidos por su infamia reciente, tan recordada. Pero esa misma infamia hubiera sido la única eficaz por sus recursos más o menos nuevos frente a la Nueva Infamia. Pero si hasta nuestras trampas eran inocuas. —Seguro, pibe. Te lo digo yo. Siempre fue así”. La historia tenía que repetirse, el mundo giraba para el mismo lado. Dios era Dios y los hombres hombres y no laureles. Ellos, los que nos habían enseñado, pretendían saber lo que se traían entre manos. Poseían la impasible sabiduría de los viejos. —Lo de siempre, pibe”. 28 mil, 29 mil, 34 mil. —“El que ríe último ríe mejor, pibe.” Pero nadie se rió ni se movió. Nada. Ni nadie parpadeó ni dijo nada porque no había nada que agregar: estábamos derrotados —inmovilizados, eso quiere decir derrotados— y no quedaba nada más que contemplar ese Sol estupendo e inmundado que crecía sobre un universo manso. 37 mil, 19 mil... Y eso seguía, más y más, hasta el tope, todos. E inmovilizados sin límites, porque la derrota no tenía fronteras y estábamos condenados a conservarnos y sobrevivir ahí dentro. —No por mucho madrugar, pibe. Dejálos que se cansen,

pibe". Nada, deslumbrados. Eso. Nos habían asegurado que era "no" y resultaba "sí". Que todo era lo contrario y que la sabiduría de lo que se tenía que dar por las reglas y los precedentes y lo que se había visto en otra parte y lo que se había catalogado y lo justo y lo noble y los principios y la mierda y la mugre no se daban. No. Nosotros éramos "no". Una lamentable jeta que nos veíamos obligados a adoptar, que nos imponían: habíamos amontonado cosas y cosas y no existía montón; nuestras manos no se prolongaban en actos ni en puñetazos ni en nada. Y mucho menos nuestras palabras: nadie nos había entendido, o nos habían mirado con extrañeza o con asco metiéndonos debajo de la nariz las puntas de los dedos unidas: "—¿Qué, pibe? ¿Para qué decís eso, et No te entiendo, pibe. No te rompás." — las puntas de los dedos de todos los que habían entendido de qué se trataba y habían apretado el mundo y ahora era de ellos. "—Miráme a mí. Hacé como yo, pibe". De ese momento en adelante empezaba otro aprendizaje y cualquiera era capaz de enseñarnos su destreza. La súbita sabiduría de nuestros adversarios resultó implacable en su constancia. "—Hay que hacer así y no así. Esto y no lo otro. Esta es la manera de ganar. Se gana así. Como hice yo. Los dedos así. Así hay que poner los dedos para ganar". Y habían ganado. Y todo.

Después de ese inerte deslumbramiento sentimos que la indignación se nos caía encima como una sopa verde, intolerable. Sobre las rodillas, para irritarnos, y encima de las manos. Había que encontrar al culpable de todo lo que había acontecido. Los de enfrente no podían ser porque nos habían ganado con nuestro propio idioma. Eran macizos: sus nuevas trampas no cabían dentro de las viejas sanciones. Habían improvisado pecados inéditos. Nosotros mismos los habíamos tornado inviolables al asegurar que ciertos requisitos estaban consagrados y que bastaba poseerlos. Y ellos eran ahora los dueños, precisamente de eso. Entre nosotros estaba el origen de nuestra culpa. La derrota provocó una cabalgata de despanzurramientos. ("—Eso fue por aceptar a los comunistas". "—Pero si ellos se metieron." "—¿Que se metieron? Si fue para no aceptar a los conservadores." "—¡Ustedes, ustedes fueron!") Era el frenesí de las inculpaciones mutuas. Había que dar con el responsable: cualquier chivo emisario lamentable e indefenso para encajarle hasta los bofes nuestro desconcierto, la rabia del triunfo ajeno, toda nuestra impotencia y nuestra imbecilidad. Tenía que haber un culpable de que el Gran Triunfador creciera y alcanzara todo. ¿Quién sería? Alguno que se aguantara todo sin poder defenderse porque había sido destinado al sacrificio. Algún viejo. Todos los viejos, naturalmente, pensamos nosotros. Ellos, que no habían

advertido a tiempo que sus esquemas no servían para nada, que su vocabulario no encajaba con ninguna de las cosas que se movían alrededor de nosotros. Que estaban rezagados del mundo. Ellos, que habían hablado y comentado sus libros, sus antiguos trofeos, su fuerza contenida, el equilibrio clásico y las normas, todas las vejaciones que les adornaban el alma y que se habían saludado sus recíprocas dignidades, sus títulos, de Haití o de Calatayud y su táctica: “—Porque si esto va por aquí, lo contrario necesariamente tiene que venir por este lado”. “—Una cantidad dada más otra cantidad tiene que dar una cantidad mayor”. ¡No! Las reacciones necesarias y el principio del tercero excluido y los tomos abultados de Marx y el paralelogramo de fuerzas y Pareto y Spengler y la Virgencita de Luján. Y de vez en cuando una escapadita hasta los estantes de las grandes bibliotecas para ratificar su propia alma. Pero, no. En realidad, ya no creían en el triunfo, no creyeron nunca. Querían sacrificarse como dignos, altivos vencidos. Hasta habían perdido eso que hace creer a los demás que se es invulnerable. Eran impotentes para hacer creer que poseían algún secreto, algo que habían recibido a solas. Eran demasiado chiquitos para tirárselas de dioses. No. Ellos se esforzaron en exhibir su debilidad, su desamparo. Eran incapaces de hacer creer que desdaban el botín. No; para ellos no había triunfo, sino botín. No eran unos ambiciosos, nada más que codiciosos, modestos angurrientos, imposibilitados para provocar en los que los seguían esa sumisión que tienen los que envidian. Ellos sí que eran incapaces de improvisarse la vida, sólo conocían un catecismo de ceremonia, de rictus más o menos prestigiados. No digo la infamia de todos, pero sí la infamia de los que habían sido los jefes hasta el 43. Y todo lo que se hiciera en contra de la estupidez de esos años, resultaba el Gran Triunfo. Eso era evidente, lo teníamos ahí delante y se nos imponía. Pero también estaba esa melancólica inoperancia de los que se habían conservado puros: la lamentable arrogancia de tipos caducos que adoraban el decoro de su propia invalidez. Y nosotros no pudimos menos de señalarlos, de acusarlos y condenarlos. No nos era posible ser piosos si pretendíamos salvarnos. Era imprescindible condenarlos para librarse inmediatamente de ellos, de toda su dignidad, de todos sus museos, de su interminable idealismo. Urgía liquidarlos. Ya habría tiempo para rendirles homenaje. Pero por motivos muy distintos. Su tajadita de gloria quedaba demorada. Que esperaran. No nos podíamos dar el lujo de ser ecuanimes. La realidad siempre se les había evaporado. Nunca habían visto nada y siempre se habían empecinado en imponer sus fantasías. Rápido, rápido, que había que pasar a otra

cosa. Había que arriarlos con impaciencia, con grosería, con desesperación porque atrás ya no nos quedaba espacio y el de adelante iba siendo ocupado momento a momento. Patearlos aunque fuera haciéndoles grandes reverencias, subrepticias e inocuas, pero pronto, aunque se sintiera pena, aunque se nos deslizara una dulzona condescendencia y aunque nos recordara que ellos nos habían amado o nos habían descubierto el Sol. Nada de eso: sin darles oportunidad para que desplegaran sus argumentos, nada, que no empezaran a convencernos de que al fin de cuentas, ellos. Nos repugnaban las verdades de sus razonamientos tan diestros, tan redondeados, tan completos. Su exactitud nos había envilecido. Y su antiguo prestigio nos provocaba asco: yo tenía la sensación de haberme prestado a una trampa confeccionada de antemano. Su sabiduría era de cuaderno y la vida en que habíamos pugnado por gastarnos estaba en la vereda, en medio de la calle, entre los hombres. No. Implacablemente había que pasar a otra cosa. Aunque fuera necesario golpearlos para que entendieran: “—Puño, puño, viejo, qué le vamos a hacer.”

Pero después vino la vergüenza: cuando entendimos que no sólo eran los viejos, los caducos, los ineficaces o los imbéciles quienes habían entendido que un dedo era un dedo y no la vara de Arón. Un oscuro sentimiento de habernos apresurado en deshauciar a los que al fin de cuentas no sabían nada más que lo que habían repetido desde siempre. Hasta la urgencia en salvarnos nos condenaba. Cuando notamos que la infamia no había empezado ni en el 45 ni en el 44 ni un poco antes. Supimos entonces de las vergüenzas del 39 y las infamias del 38 en las que habían chapoteado todos o casi todos. Y antes y antes también. Los culpables no se podían condenar apuntando con el dedo. Había que arrera. Era un interminable chorro nauseabundo el que se iba volcando sobre nosotros. Y nos untaba todo el cuerpo. No ya las manos, aquellas manos de siempre. “Todo, mi viejo. Todo” — pensaba yo. Y el 35 y el 33 y el 32 y ese 30 roñoso. Pero también antes. Por todas partes y en todas las ciudades. Sin pausa en la infamia. Ya no era solamente vergüenza de haber sido derrotados, de ser “no”, nada, ni de la estúpida jeta de *equivocados* —*en todo* que nos habían impuesto. Ya no había ninguna forma de pegar un tajo a todo eso que se prolongaba hacia atrás: estaba adherido a nosotros y no había forma de arrancarlo. Hubiera sido mutilarnos. Entonces había que asumirlo. Ser nosotros chivos y meternos la culpa hasta los bofes. Toda esa insoportable vergüenza: por nuestros padres, por nuestros camaradas, por esa condescendencia que habíamos espolvoreado sobre nuestros adversarios, por creernos estupendos, por sentirnos na-

da más que tipos jóvenes que podíamos en cualquier momento —cuando se nos diera la gana— desplegar nuestro desdén y nuestra increíble certeza. Pero si hasta habíamos perdonado de antemano a nuestros vencedores y les habíamos concedido graciosamente la suerte de escurrirse por algún rinconcito. Pero si hasta le habíamos otorgado un destino más o menos soportable —un cachito de dignidad— al Gran Triunfador. Si habíamos cometido la estúpida y divertida ingenuidad de conceder la vida cuando todos nosotros hedíamos a carroña o a cosa de encierro. Estábamos liquidados y nada habíamos visto: sólo nuestras estupendas manos que ahora sólo nos servirían para cubrirnos velozmente para deslizarnos en algún hueco a darnos puñetazos hasta endurecernos la carne y encubrir de cualquier manera nuestra vergüenza.

Eso fué lo que sentíamos —lo que sentía yo— al meterme en la Facultad: unas imperiosas ganas por mutilarme en toda mi arrogancia e incrustarme en algo lejano, donde se hablara cualquier idioma cuyos signos fueran definitivamente inamovibles.

Pero después de la derrota, vino la decepción. Aquella se me había caído encima cuando pugnaba por dominarla; yo me había esforzado contra algo, con mis minúsculos, con mis gritos chirriantes, corriendo por la calle para impugnar las cosas, tenso, todo mi cuerpo, oponiéndome y apretando mi carne sobre mí mismo. Había sido derrotado, pero después de largas camaraderías y de encuentros furtivos en cafés desiertos mientras pugnaba por pasar inadvertido y por mostrar una certeza agresiva al mismo tiempo. De cuchicheos y de cosas entregadas en casas que jamás había visto, de interminables guardias en habitaciones desconocidas (en una me recibió una muchacha. Oprimía deportivamente la mano al saludar, entregando unos dedos húmedos. Me preguntó quién era. Creo que sabía algo de un tío mío o de algún pariente; o lo inventó en ese momento. No estoy seguro. Tenía un aire divertido, como de excusa y de condescendencia, ese tono de adulto metido en una fiesta de chicos. Hablamos de cualquier cosa, vacilando; después me mostró las medallas de su padre: estaban ordenadas con una devoción efectista debajo de un cuadro gigantesco. Me las señaló una por una: “—Esta se la dió Alfonso XIII; ésta, Leguía, el del Perú. Esta es la más importante de Santo Domingo”. Yo me desconcerté: “—¿La República Dominicana?”. “—Claro”. “—Entonces se la dió Trujillo” —y me sonreí apenas. Ella contestó con una dignidad insultante: “—Ese hace lo que se le da la gana con sus negros. Es mejor que el de aquí, mucho mejor.

Ese los manda, los tiene en orden..." Se movía por toda la casa con un aire de posesión. Tenía unas pantorrillas macizas que se le hinchaban cuando se sentaba. "—¿Trajo algo?". "—¿Algo?" "—Sí. ¿O cree que vino aquí a tomar el té?" Yo me palpé el saco: "—Tengo una Parabelum". Ahora le tocó a ella el turno de reírse: "—Pero con eso no hacemos nada, pibe". Ella también me llamaba "pibe". Yo me sentía como si me amonestara amablemente. Me toleraba: yo era un muchachito al que habían mandado para que me apostara en su casa que quedaba frente a la estación. Yo era un muchachito juicioso que defendía su casa y las medallas del papá y el color verde y el color amarillo del invulnerable Trujillo. Pero en realidad, yo había dejado una bolsa con un fusil ametrallador y cinco o seis cargadores junto a la puerta de servicio. "—Tengo todo afuera". "—¿Así?". "Sí. Una Colt" —ella no respondió: parecía asombrada y se tironeaba las mejillas: esa no quería que la agarraran con la piel tersa, desprevénida— "Una de la guerra del Chaco"— agregué. "—Pero son viejas esas, pibe". "Esta, no. Es formidable". Ella pareció interesarse; cuando me pidió que se la mostrara ya tenía otro acento. Se mordisqueaba las cutículas con un gesto de urgente malignidad. De pronto se saltó sangre y se secó varias veces en la blusa. "—Vamos". "—Sí". Bajamos juntos por la escalera; ella repetía: "—No me tenía confianza ¿eh Por eso la dejó abajo ¿eh Nada de confianza, nada. Yo también estoy metida en esto. Bien metida —y golpeaba el pasamanos—. Tanto como usted por lo menos. Usted hará su parte y qué se yo, pero yo presto mi casa..." Ella cargó con la bolsa y subimos corriendo; iba adelante y yo le contemplaba las pantorrillas apelotonadas, tan seguras. Cerró la puerta de entrada con un cerrojo plateado, algo que yo nunca había visto. Era una casa segura esa. Allí se podía estar bien. Nadie entraría nunca. Era una casa de tipos fuertes, de tipos tan sólidos como las pantorrillas de esa muchacha. Ella se había sentado sobre la alfombra: deposité los cargadores a un costado, cuidadosamente, pero las balas sueltas rodaron por todas partes; ella las juntó pasándoles la mano por encima como si fuera el lomo de un cuzco obediente. "—Es formidable —comentó con las comisuras de los labios llenos de saliva—. "—De primera, te lo aseguro, pibe..."— y me miraba triunfalmente. Yo entendí: ella me envidiaría, pero al mismo tiempo participaba de todo eso).

Los paquetes de volantes pasados de mano en mano con un respetto clandestino, con un orgullo contenido, como si se tratara de la dirección de alguna prostituta puntual, inteligente. Y la derrota había liquidado todo eso; esa estupenda camaradería mezcla de devo-

ción hacia el grupo, hacia la unidad fervorosa, no hacia cada compañero en particular —porque ocurría que de a dos permanecíamos en un desabrido mutismo— y de odio indiscriminado hacia los otros, contra todos los que no estaban con nosotros; afán por empequeñecer para ser más, romper y deshacer para ratificarse en esa destrucción como si presintiéramos que ya no estaba con nosotros la propia ratificación, sino que residía en los adversarios. En la liquidación de los adversarios. El mundo era simple, un cubo liso segmentado en dos partes: blanco y negro. Era fácil. Nosotros, aquí, bien; el resto, roña. Y esa necesidad de no hacer nada solos, de que del odio eso había que hacer participar a los que estaban del mismo lado. Porque también se presentía que no habría ratificación a solas. A ver quién era el primero, el que hacía todo y lo mejor, pero inesperadamente. Siempre existió entre nosotros esa trampa ruda de las competencias. Es que todavía cabía la demora, esa morosidad del lucimiento aún cuando todo era definitivo. No compartir nada más que una parte de los proyectos, dejando siempre un resquicio para el invento, para lo que a cada uno le quedara de sí mismo. Gritarles a los nacionalistas: “¡Judíos!” o “—No insulten en idisch” o “—¿Por qué no pelean, boletos despuntados?”. Y sentir que todo era lícito: subirse a una tribuna y largar todo lo que se tenía adentro, sin control, sin pensar para nada en el orden, en que venía antes o después y calcular fugazmente que todos esos que estaban ahí abajo escuchándonos se iban a mover con un solo grito nuestro o silenciarse hasta que se nos antojara; advertir que cualquier gana súbita se prolongaba en una orden acatada; injuriar hasta saciarse, provocar —“vengan, vengan”— aunque fuéramos menos, y por eso mismo, para demostrarnos que ellos no hacían nada espontáneo. Que eran incapaces de improvisar. Que esos tenían aprendidos hasta los insultos. Todo era tan arbitrario que no había ni necesidad de pensar en hacer lo que se nos antojaba; bastaba con dejar caer el peso del cuerpo. Y después comentar indefinidamente los destrozados, la violación de alguno de sus comités, las nocturnas pintadas de casas con un sigilo intolerable: cuernos o svásticas o sexos monumentales. Presentir, de pronto, que nos habíamos asimilado a sus propias tácticas y que ya no se pensaba en nada ni se buscaba ganar o convecer a nadie. Nos habíamos olvidado de que empezamos creyendo tener razón. Sólo había que dar y dar hasta enmudecer a los otros. Y miedo, sentir miedo, algo que se nos escurría por las ingles, tibio, insinuante y que fascinaba con su letargo, con sus lentas y perfectas justificaciones para cualquier cosa. Sobre todo que brotaban de nosotros mismos: “—¿Qué hacés en esta esquina? No te asomes tanto”—

y uno agradecía su tino, esa reserva tan juiciosa.— “Tomátelas. Si esto no le interesa a nadie. Andá. Tomátelas”. Yo presentía que esa parte de mí mismo tan oportunamente lúcida era la más sólida y la que veía mejor las cosas. La más complacida en sí misma, la que tenía muy recontados mis méritos y las felicitaciones. Pero también iba advirtiéndome que no había blancos y negros en el mundo. No. Que todos esos tipos que andaban a mi alrededor no podían ser divididos en ángeles entalcados ni en demonios roñosos. No. Ni yo mismo. Sino que apenas me quedaba un brazo, o tres o cuatro dedos, o la boca y un pedazo de cara, o el sexo, que no se dejaban envilecer por el resto de mi propio cuerpo. Y esos pesados comentarios después del castigo que había recibido alguno de los nuestros para calcular el culpable o proyectar la revancha, esforzándonos para no resultar elocuentes y poder amontonar todas las posibilidades de memoria: que ningún agravio quedara arrinconado, que todo acicateara esa revancha. Eso. Dar para preveírse, olvidando que se trataba de tipos que tenían manos y sudaban como nosotros. Habían nacido distintos. Qué duda podía haber. No existían ni matices ni pasos intermedios —algo más, un poco menos, apenas distinto—. No, no. Todo lo que ellos tenían nos faltaba a nosotros, sobre todo esa ventaja que los hacía ganar siempre, sentirse más fuertes. Era angustioso, sofocante, saber que siempre ellos iban a terminar ganando. Y ganar era ser, ser más, poseyendo y amando, comiendo todo. Habían recibido unas llagas del cielo. “—Somos los mejores porque lo heredamos”. No. Y eso provocaba el odio que crecía incesantemente como en una bolsa tensa y transparente con ganas de rajarse. Por la diferencia que iba entre los que pretendían poseer porque sí y los que queríamos disputar sintiéndonos desamparados en nuestra propia fuerza. Y no había forma de reconocerse. Estábamos empecinadamente en el dorso de algo y resultaba imposible alcanzar el envés. Sólo quedaba dar para adelantarse y para que no fuera el otro el que ganara. Y endurecerse cuando caía el golpe: que todo el cuerpo se hiciera espalda. Y prevenirse o jugarse arbitrariamente improvisando cada día. Y los desquites para que fueran los otros los envilecidos, los escarnecidos, los que nos daban risa y tiempo para comentarlos entre injurias, muchas, brutales, increíbles y renovadas para no cejar en esa excitación estupenda que nos confrontaba los cuerpos y nos ratificaba a cada rato; cuando sospechábamos que todo nos iba a decir “sí” unánimemente, porque ese idioma absurdo tenía que apuntalar y mantener nuestra arbitrariedad imprescindible, algo así como ceremoniosa, casi sagrada. Y eso se había liquidado con la derrota.

La decepción en la facultad fué una mansa niebla gris que se balanceaba en las muñecas, tal vez un poco sobre las sienas. No era violento; no. Y nos zambullíamos en eso silenciosamente, sin oponernos porque eso no sacaba de quicio ni sobresaltaba. Era cuestión de dejarse anegar, aunque aquella esperanza inicial de cosas inamovibles se nos escamoteara precisamente así: nada se iba a mover velozmente, de aquí para allá. No. Allí dentro todo cargaba con una paciente sabiduría de babosa: blando, sutil, con todo ese tiempo de lo que está definitivamente muerto. Tiempo de tipos muertos el que se nos impregnaba allí metidos. Y la decepción se advertía cuando uno estaba anegado en todo eso, recién cuando se empezaba a heder. ("—No; no cierras la puerta". Yo me había quedado con la mano sobre el picaporte. "—Prefiero dejarla abierta". Ella se rió exagerando su descaro: "—¿Tenés miedo de que venga alguien". "—No; no es por eso". "—¿Y entonces?". Yo sacudí los hombros mientras hacía aparecer y desaparecer la lengüeta del picaporte que crugía. Crugía al asomar. Me demoré en contestarle: pensé en la lengüeta —untar eso o mi lengua, porque tenía sed— en la muesca del borde, en el filo herrumbroso y en que se descascaraba como una uña roja de mujer. Y en que esa muchacha tendría las uñas de los pies pintadas a medias desde el verano anterior.

"—¿Qué? ¿Me querés hacer creer que es para estar cerca de la paraguayá?". Era indecisión nada más: yo había ido a esa casa para estar apoyado durante horas en el marco de la ventana, mirando las vías que surgían del tinglado de la estación mientras escuchaba esa radio abierta: los discursos a medias y las interminables pausas cortajeadas por el eco de esa multitud lejana y por los comentarios de desprecio de esa muchacha: "—Son unos imbéciles. Unos pobres imbéciles..." —y la voz que correteaba desde esa caja reluciente y tan atractiva como un caramelo gigantesco, liso. El mundo era liso y reluciente allí dentro, y allá abajo, al fondo de ese agujero temblaba esa multitud empequeñecida y borrosa. "—El es un cerdo —rezongó esa muchacha—. Como los otros. Como Yrigoyen. Igual a Yrigoyen..."— después había jugueteado con la bolsa de las balas, las había dejado caer adentro, las había vuelto a sacar frenéticamente reflexiva, y vuelto a meter hasta que las fué poniendo una al lado de la otra mientras murmuraba algo en un oscuro juego de lotería. "—¿Vas a estar siempre ahí parado?". Me tuteaba; yo estaba de espaldas y podía hacer de mí lo que se le antojara: tirarme con un puñado de balas gritándome algo, que yo me parecía al Yrigoyen o que tenía los fundillos gastados o que cargaba con todo ese aspecto

de lamentable pretensión de los burguesitos que alguna vez habían escrito una bonita composición o que habían leído cuatro o cinco libros más o menos gordos, o acercárseme sigilosamente apoyándose en esas pantorrillas apelonadas por el esfuerzo y darme un papirotazo en las orejas y gritarme: “—¿Qué hacés, pibe, a quién mirás por esa ventana, si nadie va a salir por el ferrocarril, si no va a pasar nada y vos sos un imbécil que hacés algo que viste en el cine?”. Eso lo podía hacer en cualquier momento, pero yo me había quedado junto a la ventana desconcertado: todo mi poder, mi potencia increíblemente absurda y arbitraria que se podía poner en movimiento con que sólo salieran tipos en manifestación y enderezaran hacia el jardín de esa casa. Nada más. Con que al alguno se le ocurriera que por ahí se llegaba más rápido a la plaza y resolviera convencerlos a los demás. No un tipo al que los otros obedecieran, sino que su voz se oyera por encima de las del resto. O que todos dejaran de gritar y otro sin voz ni nada que los distinguiera de nadie intercalara sus grititos en ese hueco. Bastaba eso. O que yo me inquietara porque en realidad esos supuestos tipos no avanzaban por ahí suficientemente rápido y se me ocurría llamarles la atención. Porque yo titubeaba, porque siempre “faltaba algo”. Nada era tan completo en la violencia ni en la arbitrariedad del Gran Triunfador que justificara todo. Siempre dejaba una ranura en lo que hacía; por allí se inflaban nuestra libertad y nuestras justificaciones. Todavía. Lo otro vino después. Por eso no era lícito que yo utilizara el arma hasta el final. Aunque empezara a desear que la arbitrariedad fuera total y que todo eso se clausurara definitivamente sin ningún resquicio para concretar mi propia violencia. Pero yo no podía ser el primero sino tenía que esperar a que los de enfrente optaran. Ellos tenían que dar el primer paso para su propio desgarramiento. Nuestras razones no terminaban de convencernos. Y esa ambigüedad en todo. Faltaba una dramaticidad decisiva para no sentir confeccionada nuestra desesperación: pero el Gran Triunfador jamás se asumió impuro; sus foganazos de violencia no se prolongaban porque él persistía cuidadosamente en su pureza originaria; supo renovarse diariamente y jamás ofreció su pasado. Estar contra él era confortarse en el pecado y hay que convenirse mucho para admitir la necesidad del pecado en uno mismo. El amparaba su propia historia y nosotros cargamos con la vieja que era impura y concluimos enfrentados a nuestros propios principios. Era lamentable esforzarse constantemente contra nuestras propias ideas desvirtuadas. Pero también sirvió para ver su propia endeblez. Todo fué ambiguo: era muy difícil establecer matices cuando nosotros mis-

mos los habíamos desbaratado, o empezar a negar el mundo del Bien y el mundo del Mal, cuando habíamos empezado apoyándonos en ese esquema. Aunque lo hubiéramos visto a Salón golpear con la cabeza como un ciego idiota y dar y dar chiquetazos con ese cuerpo de goma contra la imposible estatura de Roca, queriendo decir algo: que se la habían dado, que al final pero desde atrás, que no aguantaba ese calor en el lomo, que todos los que seguíamos viviendo éramos unos cobardes, mientras segregaba un chorrito rojo. Pero hacía dos horas que yo estaba ahí parado y tenía que pasar algo, cualquier cosa y pronto para que yo me justificara y me ratificara por estar junto a esa ventana, apoyado en esa herrumbada ametralladora paraguaya, y esa otra muchacha que no sabía cómo se llamaba estaba ahí, echada sobre la alfombra espesa rodeada por una guarda azul —sí, era azul con rombos rojos y no verdes ni amarillos—. Pero lo único que pasó en toda esa tarde fué que esa muchacha que me había mostrado la Gran Orden de la República Dominicana gobernada por el Reluciente Mono Trujillo se me acercó y me levantó el saco y la camisa y se frotó la mejilla contra mi espalda. “—¿También vas a apagar la luz?”— ahora estaba echada en medio de la cama y se rascaba el pecho y los hombros como si allí tuviera una comezón insoportable. “¿En serio que querés apagar la luz?”. Yo no dije ni que no ni que sí; sólo pensaba que tenía las medias agujereadas. Ella comentó desabridamente: “—Seguro que te educaste con los jesuitas, pibe”).

Y ahora estaba en la Facultad para aprender griego y saber cómo eran los versos de un tipo Juan de Tejada, que había escrito algo que se llamaba “El peregrino en el Parnaso”. Porque si hacía poco había alardeado, había llegado el tiempo de mutilarse, de entender que no se puede vivir impunemente; que había que taponarse los oídos para purgar una culpa gratuita, vieja de estupidez y renovada por los de mi generación. *No habíamos entendido*. De eso se trataba. Andando por ahí, más o menos libre, no hubiera tolerado esa frustración en suspenso. No. Tenía que asumir mi culpa, que se me volcara encima y me pasara hasta acostumbrarme a ella, que ella me hundiera por primera vez en la tierra. Me tenía que recoger sobre mí mismo para que no repararan en mí, para que no se evidenciara aún más esa vergüenza necesaria y acatada, de tipo que necesitaba arrinconarse para sumirse en su desabrimiento, en una impotencia que pretendía ser definitiva y que ansiaba escamotearse a todo lo que se movía y cambiaba. Que necesitaba mutilarse de tanta facilidad.

Al comenzar 1946 los más agresivos habían sido liquidados; los vie-

jos que no quisieron que los ultrajaran, se fueron: habían intentado vejarlos, el tono destemplado los aturdía, ellos se iniciaron en un mundo que los había acatado de una forma u otra; incluso, habían caído en la emboscada del éxito paseándose entre sus propias estatuas y habían insistido en sus vidas en función de eso. Y eran buenos: algunos nos habían acariciado la cabeza instándonos a que nos miráramos en ellos; poseían la ternura de un mundo ordenado y suponían haber sufrido porque alguna vez les escamotearon algún premio, cierta inasible condecoración. Los habíamos escuchado, aprendimos lo que quisieron enseñarnos, muchas veces fuimos dóciles y nos reímos un poco de todos ellos. Y se fueron de a dos, de a tres, alguno a solas farfuleando sus Principios. Fueron dignos, y los que entre ellos habían toqueteado a la sirvienta al pie de la escalera, fueron oportunos. Oscilaban entre creer que el mundo había concluido o que todo se desbarataría dentro de poco. Cada día, a lo largo de estos años, tenía que ser el último; a cada rato se justificaban de las derrotas que no habían llegado a producirse y no hicieron nada más que vivir para sus presagios de repuesto. (Toda una noche me quedé haciéndole compañía. El esperaba con una certeza conmovedora y hacía grandes proyectos. El, yo, todos. Hasta admitía sus antiguos errores. “—Las cosas se dejaron tocar el trasero por nosotros”, explicaba. Todo muy fácil, muy simple: pocos, buenos amigos, un folleto sobre algo, sobre cualquier cosa, otorgaba jerarquía y salvación. Esa noche hizo una serie de diagramas con un lápiz. Después prendió la radio. Yo presentía que estábamos viviendo en un mundo de tipos escuchando, pasivos, atentos espectadores y nada más. Lúcidos e impotentes espectadores porque siempre el gran asunto parecía resolverse entre otros. Nosotros quedábamos en el dintel de las cosas. Esperamos aquella noche. “—Esto se acaba”. Cinco horas, seis horas. “Ustedes, los tipos jóvenes nos tienen que criticar. Nos tenemos que apuntalar recíprocamente, criticándonos en cada caso. Todos hemos sido tolerantes con nuestros propios pecados, nuestros pecados nos halagaban. Eso. Crítica es lo que ha faltado entre nosotros —se sonreía y yo me sentía amado—. Todos hemos tenido demasiados amigos aquí”. Fumaba con fervor mordisqueando su pipa. Toda la noche estuvo oscilando entre sus duros presagios y sus melancólicas confesiones. “Esto no aguanta más; le faltan apoyaturas morales”. Esa era una de sus palabras; él las tenía cerca de sus manos: “apoyaturas”. Me complacía tratar con alguien que pudiera tirar esas palabras al aire y retomarlas con el brazo invertido. Era destreza; su destreza: “apoyaturas”. Y otras: “tónica”, “invariante”, “instrumentalizar”; servían para cualquier caso pero siem-

pre con un aire de precisión. Yo pensaba entonces que era un idioma técnico y esas palabras individualizaban a cualquiera. "Tónica". Era formidable. Comimos; él bebía con un descaro reciente, así me brindaba su tierna camaradería. Después atendió la radio con devoción: hundía las manos entre las rodillas con un gesto de chico respetuoso. "Esto se acaba". Habían pasado once o doce horas. Yo comencé a hojear unas revistas; había una fotografía de Vargas recuadrada con lápiz rojo: "Cortar", se leía al margen. Vargas entornaba los ojos detrás de su gigantesco cigarro. Había que esperar. Vargas soltaba el humo con una sonrisa tranquilizadora, eficaz. Fumaba porque podía. Y él podía. El Brasil. El Brasil era un par de estupendas nalgas donde él pegaba pataditas juguetonas. Serían las cinco de la mañana. Eso se iba a acabar. "Se cae solo, Viñas". La espera concluía el último día: eso era claro. "Solo, Viñas". "¿Sí?", levanté la vista porque creía que me había dicho algo; pero él se había quedado dormido junto a la radio: resultaba desamparado con ese ronquido que le hacía temblar la garganta). Pero, no. La expulsión fué implacablemente silenciosa. Que no quedara nada en pie parecía ser la consigna, que todos se humillaran, que se acostumbraran a eso y que estuvieran cómodos ahí postrados. Los que se quedaran debían aprenderse muy bien el agradecimiento y el cachito de sabiduría que debían recitar; y que — incluso — comenzaran a sentirse confortablemente infames. Yo los miraba trotar sumisamente por los pasillos, organizar los libros, sus bocadillos de sabiduría los horarios de sus excusas: no se podía llegar tarde a la miseria, había que rendir urgentemente una cuota diaria. Y todos ellos fueron puntuales.

Alguno abría los brazos: "Yo lo necesito" —tenía una blanda cara inexpresiva— "¿dónde voy con mi familia?". Su mujer, sus hijos, su multitud de hijos eran eficaces para explicar su decoroso empatecimiento. Y esos eran los mismos que pretendían reírse a escondidas: su lamentable libertad se desplegaba entre sábanas. Alguien me dijo: "Se la susurran a la bolsa de agua caliente". Y no era ni divertido: ahí, en ese rinconcito se animaban a levantarse la piel y a frotarse las manos de satisfacción porque creían existir. Esos vivían a escondidas satisfechos porque podían ubicarse en la cola de las jerarquías, del "hay que volver a casa porque esto se está poniendo fiero", de los que se habían salvado y sobrevivían la hecatombe, porque nadie había recordado ni su pasado ni su antiguo idioma. Eran los que crecieron cuando a su alrededor vieron a todos los demás liquidados. Los solitarios gigantes de un mundo vacío. Estaban tibiecitos; habían tenido suerte con su gran estatura de enanos. Eran tan

poca cosa que ni su traición resultaba evidente. A veces, pensaba que no, que nadie era capaz de acumular tanta mugre reluciente sobre sus espaldas y que creían en algo, que algo tenían que los podía salvar, pero ellos mismos se empecinaban en demostrarme su roña (ese había sido profesor mío en el colegio tres o cuatro años antes. Entonces anunciaba sus posibilidades, sus estupendos proyectos. El poseía su verdad: era un indudable globo de cristal. Lo encontré en la escalera de salida; me detuvo: “—¿No me saludas”— desplegaba un tono cínico de defensiva. “Ya nadie me saluda. Soy un apestado ¿eh?”. Después recordó algunas cosas, que yo era un chico con condiciones, que él me había defendido cuando me expulsaron. “—Eras una promesa. Una promesa”— repitió varias veces. Me quería reconocer: era yo quien debía aceptar o negar lo que él sugería. Yo quien tenía que decir definitivamente quiénes éramos los dos y qué estábamos haciendo ahí parados. Yo era el único que debía encajarnos nuestros propios nombres: “Antiguo profesor amado, joven estudioso”; “Dos caballeros conversando” o “Dos cómplices que se habían reconocido por el olor”. Entre los dos flotaba un corcho que se sacudía, cabeceaba con un estremecimiento, se hundía apenas y volvía a asomar. “—Una promesa”. Yo debía mostrar la lengüita y morder y quedarle agradecido. “Gracias, maestro. Usted es bueno, demasiado generoso”. Una lengüita rosada. Nada más que la puntita. El se conformaría con eso. Y con un poco de saliva. “—Este era el único lugar que tú podías tolerar. Nosotros no tenemos temperamento —agregó sonriéndose con complicidad— ni voluntad para aguantar una ciudad como esta. Nos tenemos que refugiar aquí. A mí me ocurrió lo mismo en el 30...”. “—¿Y esa corbata?”. El me miró perplejo: tenía unos lagrimales carnosos que se cubrieron de agua: “—¿Por el color?”. “—Ahá”! “—No tiene importancia. Seguro” —me miraba y sacudía la cabeza de arriba para abajo para insinuarme mi propia aquiescencia—. “Seguro. La llevan todos...”. “—¿Todos”. “—Sí. Créeme. En el baño de profesores hay cuatro o cinco colgadas de la percha para el que desee tomarlas...”). Y ese que había entrado recién, escamoteándose: “—Nunca me dieron nada los señores maestros; y siempre esperé porque me prometían” —hablaba como si silbara—. “Me habían dejado de lado; peores que yo ahbía etrnado”. Ese había aprendido a hacer de la infamia su oportunidad. “—Ahora me llegó el turno” —concluía—. “Y yo necesitaba esto como cualquiera”. Y llegaba sin aliento, empalagado de obscuridad. También estaban los que ni hablaban y que sólo trotaban como una manada cansada y espesa. Esos no podían ni elegir un tipo u otro de servidumbre. Otro, que resultaba atractivo por su mirada

trasparente, de tipo que tiene mucho que ofrecer o cosas inesperadas que descubrir, me decía "—Pero usted entienda ¿qué sería de todo esto si nos fuéramos? ¿Si yo me fuera? Se vendría todo abajo ¿no cree usted?— yo entraba en su juego porque no se me ocurría pensar que en realidad todo debía ser aniquilado, que nada debía sobrevivir con restos de ellos, ni era posible lograr nada decisivo con requechos de otros lados. Que era necesario que todo eso se hundiera. "—Aquí se trata de practicar ascetismo y de padecer muchas cosas, usted lo sabe bien, para las que yo no estaba preparado"— y me miraba y yo empezaba a chapotear en esos ojos blancos. "—Usted está mucho mejor que yo porque usted puede hacer lo que quiera. Usted ha sabido conservarse libre". Y ahí estaba su emboscada: yo era libre y se lo debía a él, yo disponía de mí mismo gracias a su sacrificio, a esa entrega y yo me atrevía a insultarlo, a sospechar, mientras él se sacrificaba en mi nombre. En realidad era así: según él, él padecía los pecados, los feos pecados de todo el mundo. Y los míos especialmente. El se había aniquilado por mí y me lo susurraba en ese pasillo mientras una de las sonrisas del Gran Triunfador nos anegaba. ARGENTINA 1946. Una gran sonrisa enérgicamente atractiva. ARGENTINA 1946. Y ese pobre tipo que se ofrecía en holocausto por mí. ARGENTINA 1946. Sonriéndose se sacrificaba, tiernamente sonriente, paredes de sonrisas, manadas de sonrisas sacrificadas. Todo ganado, todos padeciendo para salvar las Grandes Palabras, todos correteando dichosamente cristos escarnecidos por mi culpa. ¡Cerdos!

Y todo era escamoteo de lo nuevo: esos se esforzaban en hablar de lo más caduco y lejano. Allí todos teníamos que gangosear esa sabiduría pastosa que se nos pegoteaba en el paladar de tanto repetir la. Cinco o seis reglas bien distribuidas, bien encajadas adentro sin ningún titubeo y para siempre: Safo dejaba de ser una hembra cálida para convertirse en unas cuantas desidencias, Quevedo en una lista minuciosa de fechas y contrafechas. No había que olvidarse de nada y tampoco había que inventar nada. El mundo ya estaba descubierto. Ahora, todo esto, todo eso que traíamos encima, no contaba; nada de lo que vivía podía tener relación con lo antiguo: ni Villón había sido un estupendo borracho ni Whitman había padecido su confuso sexo. Voltaire era un sonriente amablemente inocuo. Pero, no. Todo era viejo y todo era muerto pero sin esa cosa definitiva que yo había buscado: había querido un mundo dado, algo válido en su conclusión, pero ahí sólo se conocía y se distribuía lo único que en realidad habían entendido todos esos impotentes para conocer a nadie de nuevo: ese gratuito conocimiento de notas y opiniones ajenas, todas, pero que

jamás cargan ese frotamiento doloroso de cada uno. Eran incapaces de descubrirse a sí mismos; con sólo hablar de la vida ya la liquidaban. Habían tomado todas sus precauciones contra lo que vivía. Ellos sólo mascaban las opiniones de otros sobre lo que estaban tratando. Pero precisamente todo eso otorgaba a sus ojos mayor validez, prestigiaba, era el enaltecimiento de lo que se sabe lejano de lo cotidiano: allí no se hablaba nada más que así y del pasado, de los altos y venturosos muertos. Había que empeñarse en ser muerto, cada vez más muerto, porque en las calles y en las veredas la vida resultaba trémula y pesadamente comprometedora: mejor el siglo XVIII que el XIX, jamás el XX, no, no, de ninguna manera porque cargaba con la frívola contingencia de la vida. Mejor muertos, dignos cadáveres. La muerte santificaba, ordenaba y permitía que se pudieran enunciar las dos fechas separadas por el guión. “—Fulano: nació tal año, guión, murió en tal otro”. Ya sí pertenecía a la literatura. Así las momias medioevales se ennoblecían ante el Renacimiento. Y más y más. Lo cadavérico y las pirámides y ya ni lo que tuviera olor a osamenta y —aún mejor— donde no apareciera la forma humana. El ideal de todos esos era la arqueología y la tumba. Allí había que aniquilarse para valer, aunque nos sintiéramos furiosamente enajenados en esa biblioteca, sometidos a todos esos carteles que se sonreían de su prosperidad mientras había que repasar esos universos secos. (Allí conocí a Yaco. El cargaba con un aspecto de judío lamentable. Parecía asombrado, ineficaz. Eso era entonces. Los dos contemplábamos ese busto pintarrajeado de verde. “—¿Se sonríe?”. “—Seguro que sí” “—¿De?”. El sacudió los hombros: “—De nosotros ¿de quién si no?”).

Dije que tuvimos que vivir en la ambigüedad: cuando nuestros argumentos no nos sirvieron nada más que para sobrevivir y cuando ya presentíamos que todo eso se podía volver razonablemente contra nosotros; cuando todos los precedentes extranjeros fueron abandonados y fué imprescindible confeccionar una explicación propia, creyendo en razones que nos soportaban a nosotros mismos y desconfiando de ellas cuando las oíamos en bocas de otros. Aunque siempre contáramos con alguna respuesta para escamotear esa jalea implacable (“—Hay que comprometerse”, me dijo uno de los diestros recién llegados. “—¿Comprometerse?”. “—Sí; ensuciarse las manos”. “—¿En dónde?”. “—Con todo esto; donde me he metido yo”. “—Pero si yo no busco nada más que eso, meterme en las cosas”. El balanceaba la cabeza: “—¿Y entonces? ¿Por qué no se mete de una vez?— me había agarrado en falta, me dominaba—. ¿Por qué no se ensucia esas manitos puras?”. “—Es que yo estoy dispuesto a ensuciarme con la roña,

seguro que sí, pero no quiero convertirme yo mismo en roña"). Todo fué ambiguo: ni la soledad servía para volcarnos sobre nosotros mismos, porque presentíamos que si nos encajábamos el pulgar contra el pecho no íbamos a encontrar nada ni poder decir con certeza: "—Yo, yo". Ni dejarnos caer en el desánimo, para jugar a o revolcarnos o qué sé yo, como en una charca que concluiría resultándonos confortable, indispensable. O dejar todo y que otros lo hicieran o que se resolviera solo porque ya desconocíamos las causas y los para qué y los hasta dónde. Ni cuando algunos se fueron a Europa o a cualquier lado después de gemir largamente su impotencia junto a nosotros, creyendo y esperando salvarse allí. Pero, no. Al fin de cuentas eso no resultó nada más que una gambeta (yo le decía a Yaco: "—Ya no podemos ir como hace veinte o treinta años a hacer que escandalizamos y volver para contarlo. La cosa está aquí. Y tenemos que asumirla y rellenarlos de todo esto hasta reventar. El me miraba y se sonreía: "—Estás demasiado elocuente para ser sincero"). Aunque los que teníamos que quedarnos sintiéramos esa rabiosa impotencia al no poder salir y con todo manejáramos tres o cuatro excusas y alguna razón legítima, sospechábamos que en el fondo éramos incapaces porque nos faltaba decisión. "Entrar en algo aquí", eso nos lo susurrábamos todos al oído, alguna vez porque —era lógico— si aceptábamos quedarnos había que meterse hasta el fondo. Descubrir de pronto que nos justificábamos con los argumentos de todos: "—Uno solo no puede salvar al resto"; "Hay que vivir, no se puede estar en el aire"; "Esto va a durar un rato largo y hay que salvarse para salvar algo". Todo eso. Incluso injuriábamos a los que nos repetían lo mismo que nosotros habíamos divulgado o enseñado; o impugnando a los que vacilaban más que nosotros o que no eran lo suficientemente hábiles como para sobrellevar su miedo. Los que no supieron pelotearse con el miedo y dominarlo a solas y tuvieron que exhibirlo porque se sentían atosigados, y que al fin de cuentas no eran sino unos desesperados mayores que nosotros, Y a los otros, los que prolongaban en una terquedad impotente el verano del 45, que nos avergonzaban por nuestra adecuación, por nuestra posición sin título, sin nombre propio y corriente. Por esa ambigüedad de estar insatisfechos con todos los elementos vigentes. ("—Estás en el término medio, ¿eh, viejo? ¿Ya te las tirás de sabio, de tipo virtuoso porque siempre te topás con los extremos y usás los argumentos de unos contra los de los otros como si fueran los tuyos propios y a la inversa...?", me dijo uno de éstos. Y aunque presintíamos que ese interminable hundimiento era endurecimiento; o que toda la espera no resultaría al fin de cuentas nada más que ratificación

de nuestra impotencia, a pesar de que algún viejo reflexivo nos quisiera halagar el alma: "—Ustedes, los jóvenes, son los que tienen que reaccionar, los destinados a hacer esto y lo otro". Mientras maliciábamos que nuestra única aventura iba a ser un "no" inocuo, un tejer y entretejer los dedos sobre nuestra frenética disponibilidad.

Es que hubo tiempo para todo: para ver avanzar a esos carteles satisfechos, para que la sonrisa perenne e inmutable del Gran Triunfador o la Ternura Infinita de su mujer nos alcanzara redimiéndonos hasta hacernos intolerable todo lo que sonara a salvación. Tiempo para oponerse y poseer convicciones ciertas y odiar y golpear a otros brutalmente, lamentablemente; y también para sentirse súbita e imperceptiblemente poseídos, deseando que la posesión avanzara y fuera definitiva y total. Para escupirlo y espiarlo y para desear que se nos incrustara adentro. A todos terminó por imponérsenos, y si empezamos desdendiéndolo concluimos por vivir excusantes de sus menores gestos, comentando sus ademanes o sus tics o lo que se le diera la gana: algunos lo besaron y lo lamieron y no fueron nada más que lo que les mandaron; pero otros lo vomitaron y estuvieron cavilando mucho rato sobre su propio vómito. Otros se entregaron sin condiciones y fueron deshechados, infamados, utilizados para todo, hasta para lo que le daba asco al Gran Triunfador, y esos, algunos de ellos, se nos acercaron para frotarnos sus lágrimas y su aliento. Hubo tiempo para todo: para advertir el zigzaguo de los que supieron reconocer como incapaces de sentirse hombres, de que eso en realidad significaba algo, una cosa intrasferible y que no abultaba; y a los que tenían vocación de miserables también los vimos excusarse ante nosotros, alejarse con cautela, desaparecer y volver a asomar por allá o aquí cerca o volviendo la esquina: y nos miraron indignados de nuestra persistente imbecilidad. Vimos a los listos, a los hábiles, a los diestros, a los inteligentes, los comprensivos que nos perdonaban el alma, y a los lamentables. Todos hedían de una forma u otra. Ganaron. Y también hubo tiempo para tener miedo sintiendo ese hueco de desamparo —yo— ahí, aquí, sobre el vientre. Tiempo para desdeñar a los que se reservaban y para optar por gastarse de cualquier manera. Tiempo para arrepentirme y titubear ("—Hacé como yo, pibe") para reflexionar en la posibilidad y hasta en mis derechos; para desear libertad para desplazarme hacia cualquier lado y para ansiar que ese resquicio que se nos concedía para conformarnos se cerrara de una vez; para asegurar en todos los tonos —de importancia, de seguridad, de posesión, de desánimo insoportable— que lo único que correspondía era replegarse sobre sí mismo y prepararse, y tiempo para sentir

que eso era otra fórmula hueca; tiempo para advertir que iban creciendo los más jóvenes que nosotros, que algo creían o querían creer y que nada había para darles porque no servíamos ni para contarles nuestras experiencias frustradas. Tiempo para dejar que otros nos resolvieran la vida presintiendo que la única oportunidad se iba diluyendo a cada rato. Y tiempo para arrepentirme de haber imaginado esas cosas, de haberme dejado fascinar y para golpearme rabiosamente y darme y darme; y tiempo para odiar y desdeñar a los que estaban a nuestro lado, pugnando por diferenciarnos hasta en nuestros odios predilectos, y no admitir esa igualdad con los que se nos parecían porque en realidad sólo habían sido desplazados. Y también hubo tiempo para ansiar ser convencido para amar y abrazarlos a todos descansando de una vez. Pero, no. No.